

EL HECHO RELIGIOSO

Víctor Chacón Huertas, CSSR



El hecho religioso forma parte del hecho humano y de su historia. En todas las etapas de la historia de la humanidad encontramos indicios suficientes para afirmar con fundamento la existencia de actividad religiosa por parte de los seres humanos que han vivido en ellas.

1. LA ARQUEOLOGÍA NOS DA PISTAS

Aunque la historia de las religiones¹ afirma que, en realidad, no sabemos el momento preciso en el que “la humanidad comenzó a ser religiosa”. Y a pesar de que no tengamos fecha exacta, un autor, N. Smart, ofrece como primera fecha la de los 15.000 años atribuidos a las pinturas rupestres de las cuevas de Lascaux (Francia), pero mucho antes están atestiguados osarios de animales, restos de enterramientos, estatuillas femeninas e incluso pinturas rupestres, como las de las cuevas de Chauvet, y otros restos que muestran con claridad la preocupación del hombre prehistórico por el problema de la muerte, y la presencia en su vida. Junto a sus actividades cotidianas de supervivencia (caza, pesca, recolección...) aparecen otras que los especialistas califican de “mágico-religiosas”, que buscan establecer relaciones eficaces con realidades suprahumanas capaces de hacerse presentes en sus vidas y de influir en ellas.



También la vida de las sociedades tradicionales antiguas, de cultura preliteraria, está llena de signos de actividad religiosa que la etnología y la antropología social y cultural estudian. Un rasgo muy concreto y significativo es que en todas estas sociedades producen *actividades diferentes a las puramente utilitarias*, mezcladas con elementos animistas (ver o

pensar que hay un alma dentro de cada objeto o ser material: sol, luna, animales, personas...) fetichistas o mágicos.

- Reflexión: Quizás esto nos pueda hacer pensar que la religiosidad sólo pudo nacer en el ser humano cuando éste atendió a algo más allá de la utilidad de las cosas, cuando buscó el sentido de las cosas. Cuando el hombre pasó de preguntar para qué (finalidad y pragmatismo) a preguntar por qué (sentido), ahí nació la apertura a algo más allá de sí mismo y de su mundo, y ahí con ese sentimiento e inquietud inicial nacieron, en germen, el sentido estético (de maravillarse y asombrarse de las cosas), el sentido poético y toda la literatura, la filosofía y el sentido religioso como modo de expresión de unos sentimientos nuevos y como modo de relación con una realidad nueva que el hombre ha descubierto y que explora en sí mismo.

2. LA HISTORIA NOS LO CONFIRMA

Las grandes culturas de la Antigüedad aparecidas en el creciente fértil (Mesopotamia) a partir de los milenios cuarto y quinto y en otros focos de Oriente muestran una nueva forma de religión de la que dan testimonio ya

¹ Sigo para este tema a Juan de Dios Martín Velasco, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Trotta, Madrid 2006⁷, 549-575.

documentos escritos que tienen algunos rasgos comunes: son religiones politeístas (creen en muchos dioses), que usan grandes mitos explicativos y su vida religiosa es de carácter "nacional".

En torno al S. VI a.C. hay un periodo que debemos considerar clave en la historia de las religiones, en esa época se produjo un tremendo cambio en la situación cultural y religiosa, de la que proceden, directa o indirectamente las llamadas "grandes religiones" o religiones universales que han perdurado hasta nuestros días: en la India y el Extremo Oriente son, el brahmanismo, el budismo y el jainismo; en China el confucianismo y el taoísmo, en Persia las revoluciones monoteístas de Zoroastro y en Israel la de los profetas, de cuyo monoteísmo surgirán más tarde el cristianismo (S. I) y el islam (S. VII).

Se pueden distinguir dos grandes familias:

- **Religiones de la India y del Extremo Oriente:** se caracterizan por pensar lo divino como el fondo absoluto de todo lo real con lo que el hombre, mediante una purificación, busca identificarse o conformarse o en el que tiende a extinguirse. Son las religiones "de orientación mística".
- **Religiones de Irán hasta Oriente Medio:** comprende el mazdeísmo, el judaísmo, el cristianismo y el islam. Son las religiones proféticas, a las que se distingue por la forma monoteísta de pensar lo divino y la condición marcadamente personal de concebirlo como origen y término de una relación también personal, que tiene su origen en la creación, discurre a lo largo de toda la vida del pueblo y la persona y se concreta en actitudes de alianza, obediencia, ley, confianza.



El descubrimiento de nuevos mundos a partir del S. XV lleva al descubrimiento de nuevas religiones muy ligadas a las culturas de esos pueblos del "nuevo continente". Así las mal llamadas religiones precolombinas, sobretodo aztecas, mayas e incas. Antes del islam había aparecido y desaparecido otra religión fundada por Mani (el maniqueísmo). Más tarde, en la India aparece la religión de los sijks; y se multiplican las comunidades religiosas por la división de las grandes tradiciones en nuevas familias religiosas.

Ya en nuestro tiempo, los movimientos de reforma escindidos de las religiones tradicionales y un número considerable de nuevos movimientos religiosos siguen atestiguando *la creatividad* del ser humano en el terreno religioso y produciendo nuevas formas de religiosidad. Como hecho característico de la época moderna del mundo occidental, aunque no es totalmente nuevo no tiene precedentes en la historia, es el fenómeno de la secularización masiva de las sociedades y de la cultura, antes oficialmente cristianas, está provocando la aparición de formas de espiritualidad no religiosa, que en muchos casos se presenta como una alternativa a la religión y que parece responder a la misma dimensión de trascendencia que está en la raíz de las religiones de la historia.

3. ¿NO SERÁ LA RELIGIÓN UNA COSA DE LA EDAD ANTIGUA Y DE LAS VIEJAS QUE VIENEN A MISA?

Después de todo lo que hemos visto aquí, ayudados por este autor, ciertamente podemos decir que no. Por mucho que se hundan las raíces de la religión en el pasado, es un fenómeno actual y presente hoy. Analizar nuestra historia sólo nos hace darnos cuenta de cuánto esté vinculado al ser humano una experiencia y actitud religiosa que le es propia. Las plantas y los perros todavía no creen en Dios, que se sepa.

Y la intuición nos dice que la religión no es algo sólo de la Antigüedad o sólo válido para sociedades preindustriales y precientíficas (como nos quiere hacer creer tantas veces la prensa) pues los mayores intentos de racionalizar la idea de Dios están en la Edad Moderna (Hegel, Fichte, Schelling después de Descartes y Kant). Que el hecho religioso nazca tan temprano y se vislumbre ya en nuestra prehistoria no hace sino confirmar que tan sólo un ser humano desarrollado e inteligente, capaz de pensar, con conciencia y pensamientos complejos podía llegar a preguntarse por el sentido, por el por qué de todo y pensar y sentir a una realidad que esté más allá de sí mismo, a lo sagrado, a Dios. Y relacionarse con él; primero pensándolo más mágica y míticamente, más tarde, concibiéndolo como con un tú al que puede hablar.

4. EN SÍNTESIS:

- El hecho religioso acompaña a la historia humana, a los hombres y mujeres, en todas sus etapas.
- Es algo que existió y existe, que forma parte de nuestro devenir en el mundo.
- Es y nace como una pregunta para el hombre, como una inquietud. Implica y depende también del hombre que con su creatividad va encontrando nuevas formas de religiosidad.
- En toda religión hay elementos más fijos, que la constituyen y le dan su identidad, son sus rasgos más propios y otros elementos que pueden ser cambiados o "actualizados", que son en los que actúa el hombre con su creatividad religiosa. Un ejemplo es el Concilio Vaticano II para la Iglesia Católica.
- El fenómeno religioso ha intervenido en el desarrollo de la humanidad a lo largo de la historia, condicionado por ella, y a la vez condicionando su desarrollo. De ahí que éste tenga una enorme variedad de formas que reflejan la pluriformidad de la historia humana, según las diferentes situaciones, épocas y culturas. El hecho religioso es un hecho humano más entre otros que forma parte del rico, variado y valioso fenómeno humano.



5. ACLARANDO ALGUNAS PALABREJAS CLAVES:

- **Lo sagrado:** categoría central para la comprensión de lo religioso que capta aquello que une a todas las religiones y que caracteriza a los diferentes elementos de cada una. Designa el orden de la realidad opuesto a lo profano en toda religión, es dar un paso más allá, traspasar el umbral de lo profano para ver todo con otra luz.
- **Las mediaciones:** en las religiones son todos aquellos medios que me relacionan o acercan a lo sagrado: creencias, prácticas, símbolos, espacios, tiempos, sujetos, instituciones, etc.
- **La trascendencia:** sentido que “me empuja” o se me presenta como un ir más allá de la realidad, cambiar de plano y rebasar la línea común de visión terrenal. Decimos que Dios es trascendente para expresar su ser en otras palabras: invisible, incomprensible, inefable, inaccesible e indisponible.
- **La inmanencia:** sentido de la radical presencia y cercanía de lo sagrado en la vida del hombre, que puede ser *más íntimo que mi propia intimidad* (S. Agustín) o *más cercano a mí que mi yugular* (corán). Este término subraya la presencia constante y envolvente del Misterio.
- **El sentido:** “dar” o “tener” sentido es algo que el hombre detecta que “le suma” o aporta algo a su vida corriente, que le lleva más allá de su simple bienestar o de la utilidad de las cosas. Que aprecia como valioso y significativo para su vida.
- **La salvación:** (del latín *salvus*: fuerte, sano, sólido, preservado; y *salvare*: hacer fuerte, guardar, conservar) Salvar es llevar a una persona hasta el fondo de sí misma, permitir que se realice, hacer que encuentre su destino. Es, en fin, una aspiración unánime de los seres humanos, todos tendemos a ella. En las religiones es una idea eminentemente positiva, no es sólo “salvar de” algo negativo (pecado o falta), sino ante todo es idea de cumplimiento personal, de realización del propio *telos* (fin) vital².

6. LLEGAMOS A UNA POSIBLE DEFINICIÓN

Después de haber aclarado estos conceptos básicos de las religiones estamos en condiciones de formular la definición de religión que tiene Martín Velasco:

“La religión es un hecho humano específico presente en una pluralidad de manifestaciones históricas que tienen en común:

- Están inscritas en un mundo humano específico definido por lo sagrado.
- Constan de un sistema organizado de mediaciones,
- En las que expresa la peculiar respuesta humana de reconocimiento, adoración, entrega, a la Presencia de la más absoluta trascendencia en el fondo de la realidad y en el corazón de los sujetos,
- Y que otorga sentido a la vida del sujeto y a la historia, y así le salva”.



² Idea tomada de Adolphe Gesché, *El destino*, Sígueme, Salamanca 2007², 32.

Si no comprendemos algo todavía de este tema bien nos puede consolar la frase que el filósofo Paul Ricoeur dejó a un afamado historiador de la religión después de leer su libro:

“Gracias a usted sabía que lo sagrado era una región del ser, una roca en el centro de nuestra existencia, y que el lenguaje debía morir en los confines de esta existencia profunda habitada por lo sagrado”.

Como hemos visto, y muy a pesar de mis intentos por hacer fácil, sintético e inteligible el tema de las religiones; siempre que nos acerquemos a la realidad del Misterio, a la realidad de lo trascendente, de Dios mismo; nos encontramos con que las palabras se nos quedan cortas y no logran hacer claro y evidente a Dios, y es que a Dios no se le puede imponer o evidenciar por completo.

El hecho religioso será siempre, eso, una pregunta abierta en la historia del hombre ante la que caben distintas respuestas, algunas de ellas como veremos cuestionan la veracidad de este hecho: el ateísmo (que niega esa posibilidad de sentir o remitirse a realidad trascendente alguna), o la del agnosticismo (que afirma no saber responder a la pregunta por la existencia de Dios, y además afirma que esa pregunta no puede ser respondida por el hombre) o el indiferentismo (que pasa directamente de plantearse “el rollo religioso”).

7. UNA PREGUNTA PARA TI³

El ser humano es un ser que se hace preguntas, sobre la realidad que le rodea (mundo), sobre sí mismo (hombre) y sobre el objeto de un deseo desconocido e indescifrable que el hombre lleva inscrito en el centro de su corazón (Dios) y que le conduce a preguntarse por el fundamento y el fin de su vida y de la historia en la que él participa, como sujeto personal y colectivo. Con la tradición filosófica y teológica agustiniana podemos decir que el hombre es pregunta, es inquietud y cuestión en sí mismo.



La pregunta por Dios no es una pregunta como otra cualquiera, no es una pregunta que el ser humano se hace, seguro de sí mismo, dentro de un sistema de coordenadas, sino que es una pregunta al sistema de coordenadas como tal, en el que él mismo y la comprensión del mundo que le rodea se ponen enteramente en juego.

Como ha expresado genialmente el teólogo Karl Rahner, la pregunta por Dios lleva implícita la pregunta por la totalidad de la realidad, o dicho de otra manera, la pregunta por la realidad como un todo. Y, por esta razón, la respuesta que el hombre de a esta pregunta radical, no va a depender solamente de una teoría abstracta y racional, sino que en ella están implicadas la libre decisión del sujeto (libertad), sus creencias (o miedos e incertidumbres) más profundas y las experiencias y realizaciones concretas que ese sujeto ha realizado y realiza en la historia (praxis).

³ A partir de aquí y para el tema del ateísmo sigo a Ángel Cordovilla Pérez, profesor de *Misterio de Dios* en la U.P. Comillas de Madrid.

8. LAS RESPUESTAS NEGATIVAS

a) Negación como ateísmo

Un ejemplo de este ateísmo militante contemporáneo podemos encontrarlo en un peculiar autor francés como Michel Onfray, *Tratado de ateología*, Barcelona (2006) y su propuesta de ateísmo poscristiano, en algunos pasajes definido de una forma positiva como laicismo poscristiano. Siguiendo las huellas de Nietzsche (aunque sin su belleza y su tragedia), el autor analiza la situación contemporánea definiéndola como nihilista. Este nihilismo es el que está detrás tanto de la civilización judeocristiana (Bush) como de la islámica (Ben Laden). Ambas están fundadas en una misma episteme: el odio a la tierra, a la vida y a la inteligencia; apostando por una cultura de la muerte. Por esta razón, hay que rechazar y deconstruir cualquier forma de monoteísmo. El programa del autor es claro:

«Deconstruir los monoteísmos, desmitificar el judeocristianismo, luego desmontar la teocracia: estas son las tareas inaugurales para la ateología. A partir de ellas, será posible elaborar un nuevo orden ético y crear en Occidente las condiciones para una verdadera moral poscristiana donde el cuerpo deje de ser un castigo y la tierra un valle de lágrimas, la vida una catástrofe, el placer un pecado, las mujeres una maldición, la inteligencia una presunción y la voluptuosidad una condena... Los tres monoteísmos, a los que anima la misma pulsión de muerte genealógica, comparten idénticos desprecios: odio a la razón y a la inteligencia; odio a la libertad; odio a todos los libros en nombre de uno solo; odio a la vida; odio a la sexualidad, a las mujeres y al placer; odio a lo femenino, odio al cuerpo, a los deseos y las pulsiones. En su lugar, el judaísmo, el cristianismo y el Islam defienden la fe y la creencia, la obediencia y la sumisión, el gusto por la muerte y la pasión por el más allá, el ángel asexuado y la castidad, la virginidad y la fidelidad monogámica, la esposa y la madre, el alma y el espíritu. Esto es tanto como decir crucifiquemos la vida y celebremos la nada».



Después de este trabajo de deconstrucción de los tres monoteísmos, el nihilismo debe dar paso a un «ateísmo posmoderno que anula la referencia teológica, pero también la científica para construir una moral. Ni Dios, ni Ciencia, ni Cielo inteligible, ni el recurso a propuestas matemáticas, ni Tomás de Aquino, ni Augusto Comte o Marx; sino la Filosofía, la Razón, la Utilidad, el Pragmatismo, el Hedonismo individual y social»; una «laicidad poscristiana, o sea, atea, militante y radicalmente opuesta a cualquier elección o toma de posición entre el judeocristianismo occidental y el Islam que lo combate». Es difícil entrar en diálogo con un libro como este. Especialmente por la falta de rigor y de profundidad a la hora de analizar los tres monoteísmos desde el punto de vista de la historia de las religiones y de la teología. Creo que el autor siente una aguda pasión por la deconstrucción, más que por el trabajo constructivo, precisamente la neurosis que él tanto quiere combatir en los tres monoteísmos.

En realidad este tipo de negación que llamamos ateísmo, habría que decir más bien a-monoteísmo. Uno se queda pasmado cómo de forma tópica y sin el

menor rubor se acusa al monoteísmo, sin más, como generador de violencia y causante de una opresión contra la libertad humana. Frente a él, se propugna o un ateísmo radical, o la vuelta a un politeísmo neo-pagano. Se acusa al monoteísmo cristiano de haber destruido la riqueza del pluralismo politeísta. Mientras el politeísmo significa vida, juventud y color, el monoteísmo es monotemático, triste y aburrido. La esencia de la divinidad es el politeísmo y no el monoteísmo según él.

No niego que en la historia de los monoteísmos haya habido una historia de pecado y de violencia. Pero una cosa es la fe de los que creen en Dios y otra cosa es el Dios en nombre de quien se hicieron esas atrocidades. Todavía está por ver y por mostrar que el politeísmo sea sinónimo de respeto, tolerancia, riqueza y vida, mientras el monoteísmo sea una fuente o factor de violencia. La historia del monoteísmo nos manifiesta que la fe en un único Dios fundamenta la convivencia pacífica entre los individuos, las relaciones vividas desde la justicia y la crítica a toda realidad mundana que se quiera convertir en un dios despótico frente a los otros (Ex 20 y Dt 6).



El monoteísmo trinitario que profesa el cristianismo asume la mejor tradición del monoteísmo bíblico como fundamento de convivencia justa entre los hombres e instancia crítica contra todo poder opresor que se levanta contra otros hombres. Pero, a la vez, al ser trinitario, tiene una mayor facilidad para asumir la alteridad, lo distinto, la pluralidad y lo diferente como una realidad constitutiva

de la creación y de la historia. Se puede, por lo tanto, ser ateo, porque el hombre es verdaderamente libre y Dios no es un ídolo que no respeta esta distancia, pero hay que ser más riguroso en la presentación del Dios o de la fe que se quiere negar. Lo mismo se puede decir del politeísmo. Se puede ser politeísta, pero hay que atenerse a las consecuencias: ¿no volveríamos a una especie de teomaquia, es decir, de luchas entre diferentes dioses que justificaría clases de hombres diferentes?

b) Negación como privatización

En segundo lugar, tenemos que hablar de otra serie de propuestas que no significan una negación total y radical de Dios, pero la posibilidad de hablar de él, se restringe prácticamente al ámbito de lo privado y el discurso religioso se reduce a discurso ético. A mi modo de ver es, en realidad, una negación más sutil, la negación como privatización. Aquí podemos mencionar un autor, que más por la repercusión de sus libros que por el rigor y profundidad de sus propuestas, hay que prestarle atención. Me refiero a los libros de J. A. Marina. Hay que reconocer que escribe muy bien. Tiene una buena pluma. Es ágil y perspicaz. Pero a sus libros les falta fondo.

Esta propuesta de pensar a Dios y al cristianismo desde el ámbito de lo privado, dejando la dimensión pública de ambas realidades para la repercusión moral que puedan alcanzar las creencias o afirmaciones religiosas que han de quedarse en el ámbito de lo privado, la ha formulado con toda claridad en dos libros: Dictamen sobre Dios (2001) y Por qué soy cristiano (2005). El Epílogo del segundo libro es muy claro al respecto:

«El cristianismo es un modo de comportarse, y no puede consistir más que en la puesta en práctica de la gran creación ética. Lo único que añade es la referencia privada a Jesús. Ésta es la sutura entre el dominio público –la inteligencia bondadosa- y el dominio privado –la referencia a Jesús».

Afirmación que ya había adelantado en su obra anterior: «Para comprender el valor cognoscitivo de las religiones, debemos distinguir entre verdades privadas y verdades universales. Son verdades privadas aquellas que se imponen a una persona en su fuero íntimo, en su conciencia, pero que no pueden universalizarse. No se niega que puedan ser verdaderas, sino tan sólo que no alcanzan el nivel de verdades intersubjetivas, que son más seguras no en cuanto a su contenido, sino al modo de justificación. Las verdades religiosas son verdades privadas individuales».

En definitiva, la propuesta del autor es volver a una religión de segunda generación, que se libere de su tradición y basura histórica, volviéndose a una religión ética, más preocupada por la teo-praxia que por la teo-logía.

No me he equivocado, al decir que la propuesta de Marina es volver a lo que él demasiado ingenuamente denomina una religión de futuro o de segunda generación, porque en realidad su propuesta es ya vieja. La teoría de la doble verdad se remonta a la filosofía averroísta, defendida en el Medievo por Siger de Bravante y después propuesta por el liberalismo ilustrado. La pretensión de una reducción de la religión a moral, tampoco es nueva, la propuso de una forma más radical e inteligente el gran filósofo Immanuel Kant.

Hay que afirmar con claridad que aunque todavía no está resuelta la cuestión del lugar público de la fe en Dios y del discurso sobre él en la nueva configuración de las sociedades pluralistas y democráticas, esto no significa que el asunto haya que solucionarlo de manera unilateral, conduciendo a Dios y el discurso sobre él al ámbito de lo privado. La realidad de Dios no es reducible a moral (como ya mostró con toda claridad R. Otto). Dios está en el exceso de la realidad y del deseo del hombre (Gesché) y es ese Dios y no otro, el que también es un asunto profano, como dijo el poeta español Antonio Machado, por boca de Juan de Mairena. Es este Dios, el religioso, el que tiene que tener un espacio en el ámbito público y social, pero como lo él que es: el Misterio Santo, sin reducirlo a ética o a cultura.



c) Negación como fundamentalismo

El fundamentalismo parte de una afirmación absoluta de Dios en el mundo, reclamando en nombre de Dios unos derechos sobre la autonomía y libertad del hombre, que al final, niegan al hombre y terminan por negar a Dios. El fundamentalismo es una negación de Dios, pues en definitiva es una forma en la que el hombre se pone en su lugar, se endiosa a sí mismo, o en el mejor de los casos, coloca a un ídolo construido a su imagen y semejanza.



El fundamentalismo no respeta la verdadera trascendencia y libertad de Dios, y por esta razón tampoco entiende la verdad, consistencia y autonomía de la realidad mundana. En el fondo, al fundamentalismo le falta tomarse en serio y de verdad la encarnación de Dios. El Logos encarnado es quien puede hacer realmente de mediador entre Dios y los hombres, sin que se produzca ese cortocircuito entre la trascendencia y la immanencia.

En principio se presenta como un intento de afirmar de forma clara y rotunda a Dios, mejor aún, los derechos de Dios y su proyecto sobre el mundo de los hombres. Pero al no actuar conforme al logos

y a la razón, es, en el fondo, contrario a la naturaleza de Dios. El fundamentalismo está llamado a dejarse iluminar por la luz de la razón, que en última instancia es una participación en el logos amoroso de Dios, así como el secularismo está llamado a abrirse a una razón ensanchada que se deja penetrar e iluminar por la luz de la fe.

9. ¿Y QUÉ DICE LA IGLESIA DE LOS ATEOS?

“La Iglesia se esfuerza por descubrir en la mente de los ateos las causas de esta negación de Dios, y consciente de la gravedad de los problemas que el ateísmo plantea, y guiada por su caridad hacia todos los hombres, considera que estas causas se han de examinar con seriedad y profundidad.

La iglesia sostiene que el reconocimiento de Dios no se opone, en ninguna manera, a la dignidad del hombre, ya que una tal dignidad se funda y se perfecciona en el mismo Dios, puesto que el hombre aparece en la sociedad como ser inteligente y libre por un acto de Dios Creador, pero, sobre todo, es

invitado como hijo a la comunión con Dios y a tomar parte en su felicidad. En seña, además que la importancia de los deberes terrenos no disminuye por la esperanza en el más allá, sino al contrario. Si este fundamento divino y la esperanza de la vida eterna desaparecen, la dignidad del hombre sufre gravísimas lesiones, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solución, de modo que no raras veces el hombre cae en la desesperación". (Gaudium et spes 21, Concilio Vaticano II)

10. ¿Y QUÉ DICE DE LAS OTRAS RELIGIONES?

"La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con respeto sus modos de obrar y de vivir aunque puedan discrepar mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Pero anuncia a Cristo, que es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6)". (Nostra aetate 2, CV II)



11. PERO ENTONCES... ¿TODOS SOMOS HERMANOS?

"La fraternidad universal excluye toda discriminación. No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios. La relación del hombre para con Dios Padre y con los demás hombres sus hermanos están de tal forma unidas que, como dice la Escritura: "el que no ama, no ha conocido a Dios" (1 Jn 4,8).

Así se elimina el fundamento de toda teoría o práctica que introduce discriminación entre los hombres y entre los pueblos, en lo que toca a la dignidad humana y a los derechos que de ella dimanar.

La Iglesia, por consiguiente, reprueba como ajena al espíritu de Cristo cualquier



discriminación o vejación realizada por motivos de raza o color, de condición o religión. Por esto, el sagrado Concilio, siguiendo las huellas de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, ruega ardientemente a los fieles que, "observando en medio de las naciones una conducta ejemplar", si es posible, en cuanto de ellos depende, tengan paz con todos los hombres, para que sean verdaderamente hijos del Padre que está en los cielos". (Nostra aetate 5, CV II)